

David Miklos

NO TENDRÁS ROSTRO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis

Acerca del autor

Créditos

A María Paz, con Anna,
y para Grisell de León y Rafael Juárez Sarasqueta

Uno

Según los cálculos de Blumenthal, cada año el mar se aleja de nuestra playa un metro y tres cuartos.

¿Qué es eso de un metro y tres cuartos?, pregunta la Rusa. Tú del sistema métrico decimal no entiendes nada, Blumenthal.

Eso, insiste él. Un metro y tres cuartos de metro, multiplicados por... ¿Cuántos años llevamos ya aquí, Fino?

Cuento con los dedos hasta llegar a veintidós, aunque la pregunta es redundante. Blumenthal comienza a tararear la misma melodía de siempre. La Rusa y yo nos abrazamos.

Sabemos bien, nosotros tres, cuánto tiempo hemos pasado aquí. Nadie hace la multiplicación y todos llevamos la mirada al horizonte, cada año más lejano.

Luego, como si un evento guardara relación con el otro, vemos de reojo la cabaña del Suicida y dejamos que la noche caiga sin decir palabra.

Hoy comienzan los días largos, dice la Rusa y me despierta.

Llevo la mano a su lado de la cama y repaso la sima aún tibia de su ausencia, siento un respingo en la punta del pene, mis testículos se agazapan.

La Rusa mira por la ventana, su cuerpo cubierto por un camisón de tela gastada y traslúcida, hecho del mismo material que las cortinas corridas y amarradas por un mecate, señal inequívoca de que el día ha comenzado. El primer día largo del año.

Ya deja de mirarme el culo y levántate, Fino, dice la Rusa y repasa con los dedos el horizonte vertical que separa sus nalgas, concedora del terco derrotero de mi deseo y mi fascinación por sus generosas formas.

Más tarde, si quieres, me dice. Ahora no. Hoy comienzan los días largos y hay que desempolvar y limpiar y orear la cabaña del Suicida, es todo lo que este momento me deja para pensar.

Blumenthal, escoba en mano, nos espera en el porche de la cabaña.

Ya barrí la arena de aquí afuera, nos dice. Pero no encuentro la llave.

La Rusa se deshace del cordel que rodea su cuello y la llave deja su reposo, liberada del nicho entre sus pechos.

Soy yo el que hace girar la cerradura y luego el pomo. Es la Rusa la que empuja la puerta con la cadera y la abre. Blumenthal es el primero en trasponer el umbral y respirar el aire encerrado de la cabaña abandonada del Suicida, su hermano.

Una vez que estamos los tres adentro, miramos las ventanas clausuradas y los muebles cubiertos por sábanas blancas, la tela idéntica a la de las cortinas, hecha con el mismo material del camisón raído de la Rusa.

Blumenthal deja de tararear la melodía de siempre y suelta la misma pregunta que cada año.

¿Hay alguien en casa?

Nadie, ni siquiera el viento, le responde a Blumenthal, como sucede año con año desde hace veintidós.

El ritual se repite pasado el amanecer del primero de los días largos.

La Rusa nos trae una jícara rellena de vino de tubérculos y la coloca al centro de la cabaña del Suicida. Blumenthal toma tres vasos del trinchador y los desempolva. Yo sir-

vo el líquido espeso y fresco, alzo un vaso y espero a que ellos hagan lo mismo.

Después del brindis, la Rusa clausura la ventana que da a la playa y al mar, cada año un metro y tres cuartos más lejano.

Blumenthal y yo miramos cómo la luz desaparece del muro que el Suicida cubrió de hexagramas y anotaciones en un idioma indescifrable: la lengua con la que comenzó a hablarnos durante sus últimos momentos, hoy, hace veintidós años y tres meses y once días.

La Rusa, borracha, pateo el tronco de una palmera.

Dame cocos, le exige al árbol.

Blumenthal ríe.

Déjame que yo lo hago, le digo a la Rusa y zarandeo el tronco, me abrazo a la corteza, lo pateo igual.

Caen tres cocos y forman tres pequeños cráteres sobre la arena.

Uno, dos, tres, cuenta la Rusa.

Como los hijos del Suicida, dice Blumenthal.

Y ninguno de nosotros, tres también, sabe cómo interpretar dicha señal, la profecía anual del cocotero.

La Rusa abre las piernas, alza y deja caer el machete sobre el coco, puesto sobre un trozo de tronco empotrado en la arena, lo parte en dos mitades idénticas.

Blumenthal coloca otro coco sobre el tronco mutilado. La Rusa me entrega el machete. Abro las piernas, alzo y dejo caer la falsa guillotina sobre el coco, lo parto en dos mitades idénticas.

Le entrego el machete a Blumenthal. Pero Blumenthal niega con la cabeza.

No hace falta, nos dice. Nos bastamos con tres mitades.

Y con una cuarta para el Suicida, pienso yo, pero callo.

La Rusa trae una nueva jícara y vierte el líquido blancuzco en las cuencas de los cocos partidos, aun en la del Suicida, como si me hubiera leído la mente.

La mezcla de agua de coco y vino de tubérculos sabe bien. Nos emborrachamos aún más.

Sin darse la vuelta, Blumenthal se aleja, alza la mano, dice buenas noches y se enreda en la hamaca que cuelga sobre el porche de su cabaña.

La Rusa está sentada sobre mis piernas. Devuelvo el cordel a su cuello, la llave en su nicho de carne. Allí la beso.

La Rusa gira hasta quedar frente a mí, se pega contra mi torso, me coge las manos y las lleva a su trasero.

Ahora sí, Fino, me dice. Hazme.

Mi pene se despereza y, sin mayor preámbulo corro el calzón de la Rusa y entro en ella, clavo la cara entre sus pechos, muerdo la llave.

Y la hago.

La hago larga, morosamente, a la Rusa.

Hasta el alba.

Dos

La Rusa está a mi lado cuando despierto, su cuerpo grande y desnudo desparramado sobre la cama, la sábana blanca y raída tirada en el suelo, enredada con su camisón de tela idéntica a la de las cortinas, la tela barata con la que Blumenthal hizo su pequeña fortuna y luego se retiró y se vino a la playa a acompañar a su hermano.

(¿Hay alguien en casa?)

(Pero en la cabaña había sólo un cuerpo, carne y huesos y sangre sin vida, un despojo cubierto de piel muerta.)

Dejo a la Rusa dormir y voy a la cocina a preparar café, muelo el grano lentamente, relleno la cafetera de agua y polvo, la pongo a hervir y espero.

El aroma del café atrae a Blumenthal.

Toca a la puerta, discreto, sabe que la Rusa duerme y se recupera del demasiado alcohol que bebimos ayer, nosotros somos inmunes a la cruda y al azúcar, son otras las sustancias que nos vencen.

¿Se puede?

La voz de Blumenthal apenas se escucha.

Se puede, le digo, su taza humea, servida.

(Nunca más preguntará si hay alguien en casa, temeroso de encontrarse con alguno de nosotros, la Rusa o yo, muertos.)

Fumamos en el porche de mi cabaña, Blumenthal y yo. Miramos la playa, el enorme banco de arena, el mar en lon-

tananza, un metro y tres cuartos más lejos que el año anterior.

Ahora es el humo el que atrae a la Rusa y aparece su gran cuerpo cubierto por la sábana, el camisón atado a una de sus manos parece una cola que arrastra sobre los maderos mal cortados, un parquet primitivo que cubre el suelo, el precario piso que nos sostiene.

Enciendo otro cigarro y lo acomodo en la boca entrea-bierta de la Rusa, ella se sienta en mis piernas, inhala.

Un mensajero trajo una carta de la Ciudad, nos dice Blumenthal. Alguien está interesado en rentar la cabaña vacía.

La Rusa exhala. Una cortina de humo se forma entre nosotros y nuestro amigo y sus raras palabras del amanecer.

¿Y?

La pregunta de la Rusa es un reto.

Y se la voy a rentar, ya qué, dice Blumenthal y se deshace de la colilla de su cigarro, el poso de café ahoga la brasa.

La Rusa se levanta y se va. La sábana cae al suelo y nos volvemos a mirar su grande y desnuda grupa en retirada, de vuelta a la cama.

Sin decir más, Blumenthal también se va.

¿Por qué no mejor le renta mi cabaña, Fino? Total, yo ya no vivo más allí.

La Rusa está exaltada, los ojos inyectados de sangre. Enciende un cigarro con el cabo del que aún no se ha terminado de fumar, azota los pies sobre los maderos, todo retumba.

Sus razones tendrá, le digo.

Hace un año con un día que despierto acá, contigo, me dice ella.

Bien, eso mismo le diré a Blumenthal, a ver si cambia de parecer.

Da lo mismo, dice la Rusa, de pronto sosegada. Tal vez sea mejor así. ¿Vamos a bañarnos?

La Rusa mira el cigarro consumido que no se fumó, deja caer la ceniza entera al piso.

Vamos, le digo.

Y no le digo que, desde que estamos aquí, ningún mensajero de la Ciudad ha venido a traernos carta alguna, que todo está en la imaginación de Blumenthal.

El mar sigue allí cuando llegamos, tanto o más lejos de las cabañas que hace veintidós años, si hay algún cambio nadie más que Blumenthal lo percibe.

No hay otros bañistas que nosotros, nunca.

La Rusa se despoja del camisón y encuerada se tira sobre la arena.

No seas pudibundo y quítate el calzón, Fino, no hay nadie aquí que te vea.

Allí está el Sol, le digo a la Rusa y señalo el astro, lo miro y me ciega unos instantes.

Allí están los cangrejos también, dice la Rusa y se desplaza veloz como una serpiente carnosa y me baja el calzón, deja mi erección al aire, mis testículos comprimidos.

No diré que es una sorpresa, me dice la Rusa y sopesa mis genitales. Eres insaciable, Fino.

Me dejo hacer hasta que la Rusa consigue que me hinque. Un instante antes de eyacular, me tumbo de costado y salgo de la boca que me engulle. Me derramo sobre la arena, mi cuerpo se desploma, supino.

Es un desperdicio, dice la Rusa y cubre el semen hasta formar un montoncito de arena seca. Que en paz descansen.

Nos bañamos, la Rusa y yo. Tanto adentro como afuera del agua su cuerpo es un portento. El cuerpo amazónico de mi mujer.

Mi mujer, digo.

¿Qué me miras?, dice la Rusa haciendo una visera con la mano, buscando mis ojos.

No le respondo. Doy una brazada y la alcanzo, intento abrazarla, asirla, no se deja, me rechaza con una patada que me saca el aire y me devuelve a mi sitio.

Háblame, Fino.

Nada, le digo. Te miro a ti.

Sé que te gusto pero no sé por qué te gusto, me dice la Rusa y comienza a nadar hacia la orilla, como una furiosa ola de carne.

La veo salir del mar, voluptuosa, espuma sobre la piel que temo y deseo a la vez, lo mismo que me hace sentir la idea de un dios cuando la pienso, las raras veces que invoco a un demiurgo.

Recobro el aliento. Tomo aire y me sumerjo. Abro los ojos y busco el Sol desde allá abajo, me ciega de nuevo y me abandono, floto hasta la superficie, nado de muertito.

La Rusa es dios, repite Blumenthal y ríe, me muestra los pocos dientes que le quedan, satisfacción en los gestos de su cara, sus arrugas una sonrisa absoluta.

¿Entonces sí la rentas?

Sí la rento, Fino. No nos vendrá mal esa plata. Nos pagará un año por adelantado.

También puedes rentar la cabaña de la Rusa, le digo. Ella no vive más allí.

Lo sé, eso es evidente: dios está ahora en tu casa.

Reímos juntos, alzamos los vasos, brindamos al aire.

No puedo rentar algo que no es mío, dice Blumenthal.

Si la Rusa así lo quiere, puede correr la voz y sacarle provecho a su propiedad.

La noticia no me sorprende.

Pero no te hagas ilusiones, Fino, en lo que a ti respecta seguiré cobrándote la renta como siempre, en especie, hasta que no vea más días.

Salud, le digo a Blumenthal y alzo mi vaso en espera del suyo.

El vidrio choca y se rompe, como si cerráramos un trato. El vino de tubérculos nos empapa.

Sería lindo si ustedes dos se casaran, Fino.

Sería lindo, sí, repito y callo.

Miro la carta en el regazo de Blumenthal, la hoja de papel, desdoblada y en blanco, encima del mismo sobre viejo de todos los años.

Trabajo un poco antes de que anochezca. Los tubérculos se dan bien a un costado de las palmeras, allí he cercado una pequeña hortaliza.

Saco de la tierra los tubérculos cuya mata, morada y no verde, me anuncia que ya están listos para la cosecha. Relleno un par de canastos y regreso a la propiedad, las cuatro cabañas pintadas ya de noche.

Blumenthal está solo, envuelto en la hamaca, quieto en su porche.

No veo a la Rusa por ningún lado, ni en su cabaña ni en la mía ni en la del Suicida.

Nuestra cabaña, pienso, y se me revuelve el estómago de placer.

Y de temor.

La Rusa es dios, mascullo, y mi pene late.

Pero no soy yo sino Blumenthal el que ríe y menea la cabeza, se mece de pronto, como si me hubiera escuchado.

Echo los tubérculos en los huacales de fermentación y entro a la cabaña, me acuesto y no puedo esperar más a la Rusa.

Tres

Ni la Rusa ni su hueco en la cama están allí cuando despierto, muy temprano por la madrugada, el Sol apenas una insinuación en la cima de las dunas orientales, detrás de nosotros y del mar.

Escucho un sonido distinto al de la brisa, las copas de las palmeras estáticas, los cocos dispuestos a la caída.

Música.

Un piano.

El acompañamiento de una percusión sutil, no humana, como cigarras contenidas.

Me asomo por la ventana y veo a Blumenthal dormido en el abrazo textil de su hamaca, quieto de nuevo.

Los postigos de la cabaña del Suicida están abiertos, las cortinas amarradas por un mecate, la silueta de la Rusa allí adentro, en la penumbra de la madrugada.

Sigo la música, me deslizo sobre la arena, subo los pocos escalones que llevan al porche y cruzo el umbral de la cabaña del Suicida, la puerta entornada.

El sonido, allí adentro, parece venir de todas y cada una de las esquinas del recinto, la melodía monótona de un piano sobre una capa sonora de estática.

¿Qué suena?

La Rusa me muestra la caja de una cinta, en cuya portada hay un rectángulo blanco sostenido por un par de cuadrados, beige y anaranjado, idénticos en imagen a la música que escuchamos, cálida y simétrica, humana y artificial al mismo tiempo.

Es lo único que escuchaba el Suicida, además del sonido de las monedas al caer sobre los tablones del piso, me explica la Rusa. Míralas.

Las tres monedas, circulares y con un suaje cuadrangular al centro, yacen sobre la mesa. Cojo una y miro a la Rusa a través de la perforación, tomo su mano.

¿Nos casamos entonces?

Sí, responde ella de inmediato. Pero sólo porque Blumenthal así lo desea, ahora.

Yo estoy contigo desde que llegaste al Palomar, Fino, aunque tardáramos algún tiempo en acoplarnos.

Me siento sobre las piernas de la Rusa y me dejo abrazar, mecido por ella y por la música que no cesa, vigilados ambos por los millares de hexagramas minúsculos grabados en el muro del fondo de la cabaña del Suicida.

(¿Hay alguien en casa?)

¿Se puede?

Blumenthal nos encuentra adormilados, tendidos sobre el suelo del parquet primitivo de la cabaña del Suicida.

La música no se escucha más. Llega hasta nosotros el sonido de las olas, el mar calmo, el chillido de alguna gaviota.

El inquilino se muda cualquier día de la próxima semana, nos dice Blumenthal y se abanica con el sobre cerrado y blanco, sin destinatario impreso en su carátula.

¿Quieres que vaciemos la cabaña?

Si me hacen el favor, sí, le responde Blumenthal a la Rusa. Yo me siento incapaz de hacerlo. Siéntanse libres de quedarse con lo que les plazca. Lo demás, tírenlo o quémenlo o échenlo al mar.

¿Qué hacemos con el muro de los hexagramas?

Señalo detrás mío, pero Blumenthal no alza la vista, los ojos clavados en el parquet primitivo.

Nada. Déjenlo así.

Parece una rara obra de arte.

El último cuadro del Suicida, dice la Rusa y los tres llamamos.

(No hay nadie en casa.)

¿Cuándo quieres que nos casemos, Blumenthal?

Estamos de vuelta en mi cabaña. Nuestra cabaña. La Rusa prepara café.

Blumenthal tarda en responderme, sopesa sus palabras en silencio, fija la mirada en ninguna parte, más allá de la ventana y del horizonte y de todo lo que en realidad puede mirarse.

¿Blumenthal?

Pueden casarse cuando ustedes más quieran, pero procuren avisarme con tiempo, para conseguir al juez y al ministro de la Ciudad, testigos seremos los suficientes ahora que el inquilino se cuente entre nosotros.

No digo nada, pienso en la carta que Blumenthal no escribirá, en el mensajero que no existe y no llevará a la Ciudad, que, probablemente, tampoco exista; no como alguno de nosotros la recuerde.

¿Y mi sortija de compromiso, Fino?

La Rusa alza la mano izquierda y guarda todos los dedos menos el anular y su afilada y larga uña rellena de café molido.

No encuentro respuesta, me vuelvo hacia la ventana, busco aquello que Blumenthal mira, más allá de todo lo visible. La Rusa suelta una carcajada, su carne se contonea y los muros de la cabaña vibran.

Blumenthal contempla la gran silueta trazada bajo la tela raída del camisón.

Del vestido me hago cargo yo.

No esperaba menos de ti, Blumenthal, dice la Rusa. Pero que sea de una tela distinta a esta, por piedad.

La Rusa se alza el camisón.

No lleva calzones. La mata de vello púbico es diminuta en comparación con las dimensiones de su cuerpo.

Una pequeña estrella negra, pienso.